



La reina Victoria en el castillo de Osborne, con el característico vestido de luto que llevó durante muchos años, por la muerte de su esposo. Cuadro por Landseer

ción de influencias, explotando las divisiones raciales y religiosas del país, aprovechando ferozmente las hambres y las epidemias; y la educación inglesa y el soborno de las minorías dirigentes.

Pero el dominio británico en la India se vió comprometido en 1857-1858 por la sublevación de los cipayos. El prestigio de Inglaterra se hallaba temporalmente menoscabado por las derrotas sufridas en la guerra de Crimea, que obligaron a retirar soldados ingleses de la India e incluso a llevar tropas indígenas al teatro de la guerra. El malestar entre los soldados indios era grande, cuando vino a incidir una causa ocasional: el disgusto por obligarles a usar cartuchos preparados con grasa de animal sagrado (vaca) o inmundo (cerdo). En mayo de 1857 empezó la sublevación, que se extendió a Delhi, donde es proclamado rey un descendiente de la dinastía mongola. Vencida la sublevación en Gua-

lior (18 de julio de 1857), se impuso la política de clemencia de lord Canning, y el gobierno de la India fué reorganizado por los años de 1858 a 1867. En adelante, el gobierno metropolitano residiría en manos de un secretario de Estado y de un Consejo de la India; y el gobierno colonial estaría en manos de un virrey, asistido por un Consejo mixto de funcionarios ingleses y de notables indígenas.

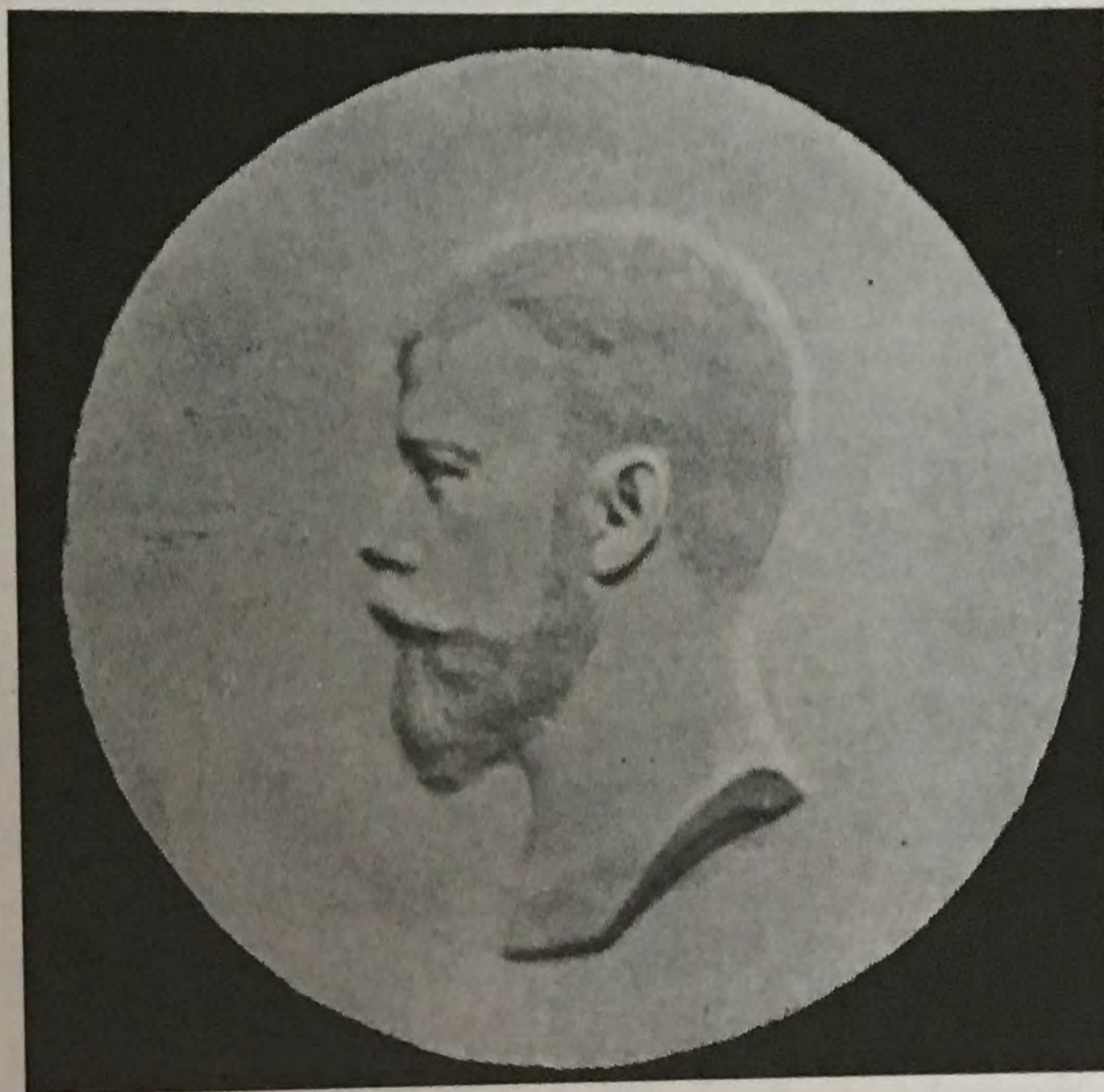
Proclamada en 1877 emperatriz de la India la reina Victoria, se completó la dominación del Beluchistán en el Noroeste (los pasos montañosos, que protegen contra la progresión rusa en el Turkmenistán), y de Birmania en el Este. Se llega al momento de máximo esplendor del imperialismo inglés, se hace realidad el sueño de sir Carlos Dilke, portavoz de ese imperialismo orgulloso, lleno de codicia y vanidad, que preconizaba en 1867 la nueva Roma de la

más grande Britania. En 1887 se celebran las bodas de oro del reinado de Victoria, apoteosis imperial, en la que brilla la India como florón del imperio, según el deseo de Disraeli. Lord Curzon manifiesta: "El imperio británico es, después de la Providencia, la más grande fuerza bienhechora que hay en el mundo." Se canta el *Rule Britannia*, el himno que proclama con entusiasmo la fe en la superioridad de la raza anglosajona, el orgullo y la ambición ilimitada de un pueblo que pone el mundo a su servicio y que lo explota en su provecho.

La expansión rusa en Asia.—Los rusos, en el siglo XIX, dirigían sus líneas de expansión en Asia por tres direcciones: el Cáucaso y la Transcaucasia; el Turquestán y la estepa transcaspiana; finalmente, Siberia.

En 1800 había sido incorporada Georgia por cesión hereditaria, siguiéndose una lucha de guerrilleros en el Cáucaso, opuestos a la sujeción al zar. Pronto surgieron también conflictos con Persia, que hubo de reconocer a Rusia la posesión de Armenia y el norte del Azerbaijón (tratado de Turmancho, 1828). El tratado angloruso de 1834 pretendió regular las aspiraciones de ambas potencias respecto a Persia. En los territorios más allá del Caspio y en el Turquestán habitaban tribus tártaras y turcomanas, nómadas o sedentarias, de vida primitiva. Los rusos afianzaron su dominación mediante la fuerza y el soborno, apoderándose de los centros de comercio y nudos de comunicación de caravanas, aunque sostenían constantes luchas con tribus rebeldes. La primera etapa de la expansión rusa en estas partes termina en 1839, con el fracaso de la expedición rusa a Jiva y la consiguiente renuncia a los proyectos sobre Jiva y Bujara, las capitales del desierto. Más tarde, entre 1866 y 1892, se desarrolla el

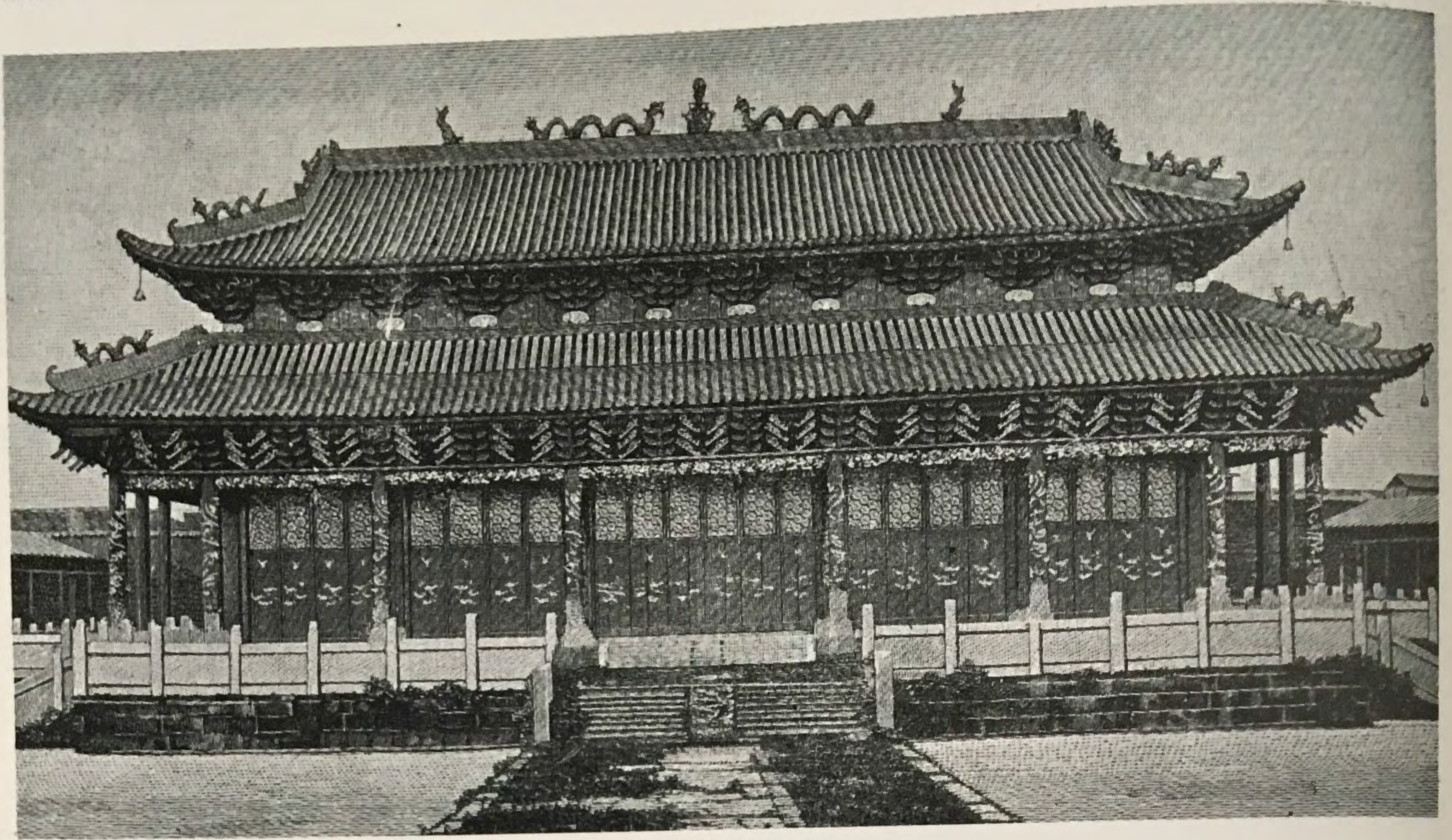
segundo empuje ruso, como compensación a los fracasos de la guerra de Crimea: en 1867 el Turquestán queda convertido en provincia rusa; en 1881 el tratado chinoruso de San Petersburgo fija los límites del Turquestán oriental; entre 1881 y 1884 se ocupan los oasis del Turkmenistán; en 1885 invaden los rusos el Afganistán, y entre 1890-1892



Nicolás II, emperador de Rusia. Medallón en porcelana de la galería imperial de San Petersburgo

llegan a la meseta de Pamir, entrando en conflicto con Inglaterra, hasta que en 1895 se firma el tratado angloruso de Simla, por el que se fijaban los límites en Pamir, dejando una zona afgana como tapón entre las líneas rusas e inglesas.

El avance hacia el Este, por Siberia, tropezaba con las dificultades del clima, el desierto y las enormes distancias. Hasta 1819 la colonización se hizo mediante condenados políticos, polacos principalmente. Desde 1819 se establecen también colonos libres, por consejo de Speranski. Progresa entonces una de las empresas más importantes de la época moderna y uno de los legados históricos más colosales de Rusia: la población y puesta en actividad de Siberia. El avance por Siberia occidental fué simultáneo a la colonización iniciada en el extremo



Vista del templo del Cielo en Cantón. Grabado del siglo XIX

oriental de la misma, alcanzado por vía marítima: desde el establecimiento de Kamchatka se hicieron exploraciones por el Pacífico (cruce del estrecho de Bering y llegada de los rusos a Alaska, en 1822, lo que provocará la doctrina de Monroe; exploraciones de Orlov en Sajalin) y en la cuenca del Amur, llevadas a cabo también por Orlov, 1844-1854. En esta fecha enlazan en el Amur las dos líneas de penetración siberiana: la impulsada por Muraviev desde el Oeste y la expedición de Orlov. La llegada de los rusos al Amur los puso en contacto con China y se iniciaron largas negociaciones, apoyadas en demostraciones de fuerza, cuyo resultado fué el tratado de 1858 para la navegación por el Amur y el Usuri, la designación de un embajador permanente ruso en Pekín, y la consiguiente protección amistosa rusa. En 1860 un nuevo tratado cedía a Rusia los territorios entre el Amur y el mar (Manchuria). La armonía rusochina se iba consolidando, precisamente en los momentos en que el Imperio Celeste tenía que enfrentarse con el asalto múltiple a sus costas por los europeos.

La penetración occidental en Extremo Oriente. China y Japón a la llegada de los europeos.—En efecto, al mediar el siglo XIX, los europeos se proponen la penetración política y económica en los vastos dominios de China, en Indochina (Anam, Cambodia, Laos, Siam), en Corea y en Japón.

Desde 1644 reinaba en Pekín la dinastía manchú. China era un país de trescientos cincuenta millones de pacíficos agricultores, que vivían una vida económica primitiva. La dinastía manchú era aceptada, pero carecía de fuerza militar, y los gobiernos provinciales, muy extensos, gozaban de amplia autonomía. Con el emperador Kien-Long, en la segunda mitad del siglo XVIII, alcanzó su máximo esplendor la dinastía manchú, que extendió su dominación por Mongolia, el Tíbet y el Turquestán oriental. Los sucesores de Kien-Long (Kia-Ling, 1796-1820; Tav-Kuang, 1821-1850, y Hieng-fong, 1850-1861) hubieron de afrontar dos problemas: las revueltas internas de las provincias y la presión europea. En el Sur eran frecuentes las sublevaciones contra la dinastía manchú, fomentadas



Bombardeo de Cantón por las escuadras inglesa y francesa, el 28 de diciembre de 1857. Grabado de la época



Pago de indemnizaciones a las familias de los ingleses asesinados en China. Grabado de la época



Buque norteamericano visto por un artista japonés de la época, cuando el comodoro Perry abrió al tráfico comercial los puertos del Imperio del Sol Naciente

por sociedades secretas, y en el Oeste se alzaron contra ella los musulmanes. Las relaciones con los europeos fueron de dos tipos: unas, de carácter espiritual (los misioneros), otras, comerciales (con los portugueses de Macao, con los americanos, ingleses y holandeses en Cantón). En 1834, un funcionario británico se estableció con carácter permanente en Cantón. Frente a la presión extranjera hubo en China un movimiento xenófobo y el emperador prohibió el uso del opio. El opio y el té eran los principales objetos del comercio británico. La respuesta de la Inglaterra de Palmerston fué la declaración de guerra, en 1840. Ésta es la guerra del Opio, una de las más vergonzosas e inmorales guerras a que ha

dado lugar el imperialismo británico, y que terminó con el tratado de Nankín (1842), por el que se impuso a China la admisión del opio, la cesión de Hong-Kong y la apertura de Cantón, Shanghai y otros tres puertos al comercio inglés.

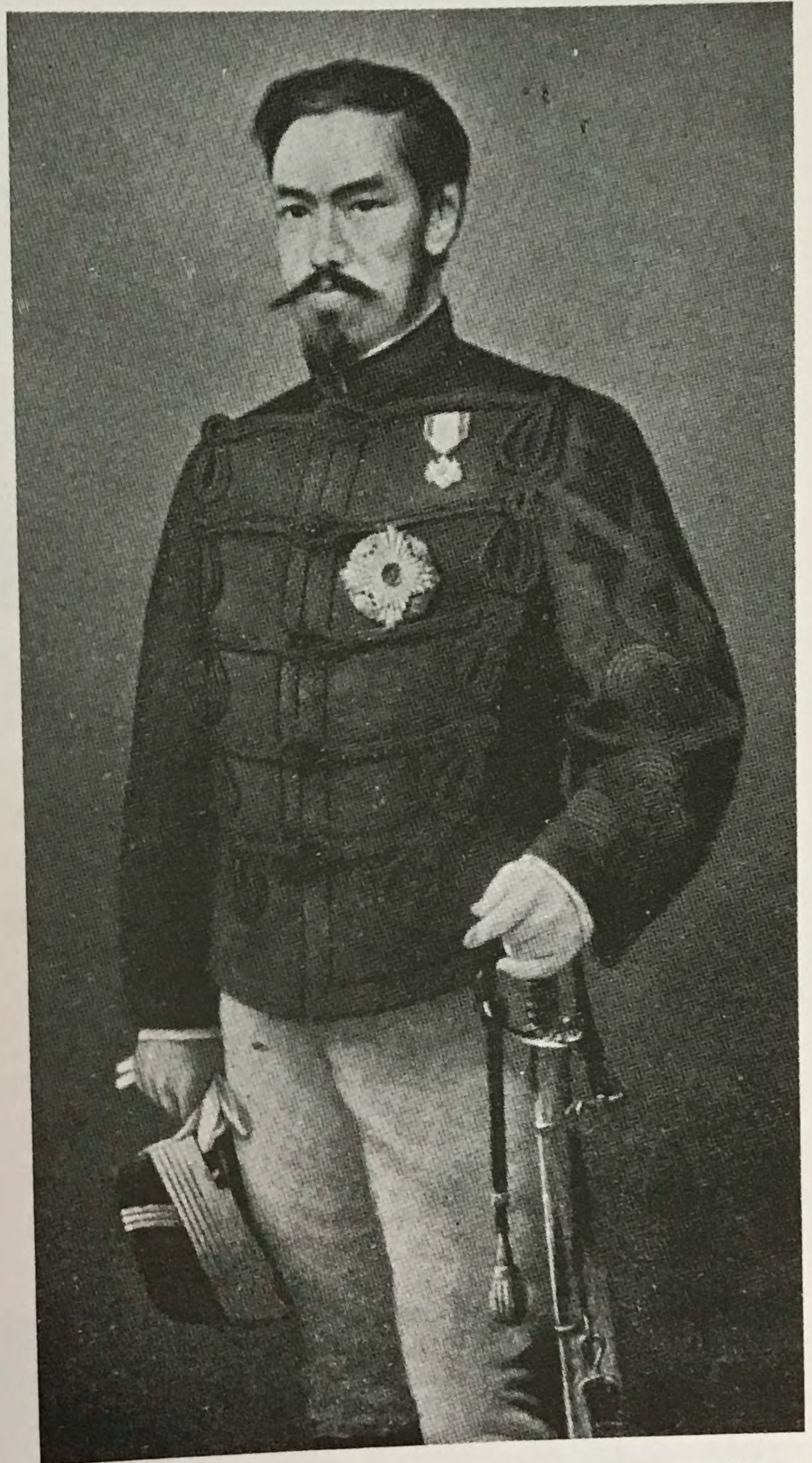
El tratado de Nankín inicia una nueva época en las relaciones de los europeos con China. Los Estados Unidos (tratado de Wanghia, 1844) y Francia (tratado de Wampoa, 1845) se hacen reconocer concesiones territoriales. La ejecución del tratado de Nankín se vió dificultada, sin embargo, por las artimañas y la xenofobia china, que no vacilaba ante el asesinato. Los comerciantes blancos estaban insatisfechos, pero se abrió un compás de espera hasta que

en 1856 hubo terminado la guerra de Crimea. En 1857 se concertó una acción francobritánica para castigar *manu militari* a los chinos por los tumultos provocados en Cantón y otros puntos, y para presionar diplomáticamente sobre Pekín, a fin de obtener nuevos privilegios mercantiles. Al bloqueo y conquista de Cantón (28 de diciembre de 1857) siguió la rendición del gobierno chino en los tratados de Tien-tsin (junio de 1858). Pero la negativa imperial a ratificarlos dió lugar a la expedición francobritánica de castigo que ocupó en 1860 Tien-tsin y Pekín.

En 1861 gobernaba un emperador niño, tutelado por el príncipe Kong. Todo el país meridional se hallaba desde 1854 en manos del Tai-ping ("rebelde de largos cabellos"), con su sede en Nankín, aunque habían fracasado al proponerse dominar el Norte. En unos momentos críticos para la dinastía manchú, iba a ser ésta salvada por el apoyo diplomático ruso y por un ejército de voluntarios europeos y americanos, que recuperaron Nankín en 1864. No obstante, la xenofobia siguió con su cortejo de motines y asesinatos de comerciantes y misioneros. Las matanzas de blancos por los terroristas amarillos culminaron en Tien-tsin, en 1870. Pero China tiene que resignarse ante la presencia de los europeos. El emperador celeste, que era llamado "el amo del mundo", no era en verdad ni siquiera el amo de su casa.

En Japón, desde el siglo XVII, el poder del emperador (*micado*) había sido suplantado por los *sogunes*, que defendían los intereses de la alta nobleza territorial (los *daimios*). Los *sogunes* de la época Tokigawa hicieron transmisible hereditariamente su cargo y encerraron al micado en Kioto, reduciéndole a una especie de alta función religiosa. Durante la época Tokigawa, el Japón había permanecido cerrado al contacto con los europeos; sólo los holandeses habían conseguido mantener algún comercio en Na-

gasaki. Pero en 1852, americanos y rusos, con sendas demostraciones navales, forzaron la apertura comercial. Se inicia entonces una década de revoluciones y transformación interna del Japón (1858-



Mutsu-Hito, emperador del Japón, que emprendió en gran escala la reforma del país, adaptando a él, en lo posible y sin hacerle perder su carácter peculiar, la civilización occidental

1868). Las samurais, nobles secundarios que pertenecen a los clanes del Sur, proponen el contacto con los extranjeros, y, capitaneados por O-Kubo, se alzan contra los daimios, xenófobos, cuya fuerza principal estaba en los clanes del Norte. La victoria de los samurais, ayudados por algunos daimios de los clanes de Mito y Satsuma, devolvió el poder al micado. En 1867, el sogun abdicó ante el joven emperador Mutsu-Hito, que entró en



El almirante francés Rigault de Genouilly ordena el asalto a la ciudadela de Saigón, campaña en la que los franceses fueron eficazmente ayudados por tropas españolas mandadas desde Manila

1868 en Yedo, la capital de los sogunes Tokigawa. Al año siguiente el micado fijó su residencia en Tokio, que había de ser la capital del Japón contemporáneo, de la época Meiji (época de la luz).

En la península de Indochina, Anam era teóricamente vasallo de China. A principios del siglo XIX, bajo el reinado de Gialong, extendió sus dominios al Tonkín, al bajo Mekong y a Cochinchina, donde se empezaba a sentir la influencia de los misioneros franceses.

Los años de 1820 a 1857 fueron años de reacción xenófoba, y varios misioneros fueron sacrificados. Napoleón III pensó entonces en una expedición de castigo, que se llevó a cabo con el auxilio de las tropas españolas de Filipinas, y en 1859 fué conquistado Saigón. Desde Cochinchina la presión francesa se acentuó sobre el emperador anamita, que en 1874 reconoció el protectorado francés. Pero en 1880 des-

conoce Anam el tratado de 1874 y se coloca de nuevo bajo la tutela china. Los franceses conquistan entonces Hanoi (1882), y el gobierno del imperialista Julio Ferry decide proseguir la campaña dominadora contra anamitas y chinos (febrero de 1883). Es una guerra de pequeñas acciones militares, larga e impopular en Francia, que provocará la caída política de Ferry, justo en el instante en que el gobierno chino había cedido y, por mediación de Alemania e Inglaterra, acababa de firmarse el Tratado de Tien-tsin (30 de marzo de 1885), que recono-

cía el Tonquín a favor de Francia, mientras que China renunciaba a su soberanía nominal en Anam. En 1885 empezaba, pues, la pacificación y organización de la colonia francesa en los territorios de Indochina (Cochinchina y Tonquín).

En Siam, un usurpador belicoso se había alzado con el trono en la primera mitad del siglo XIX, se apoderó también

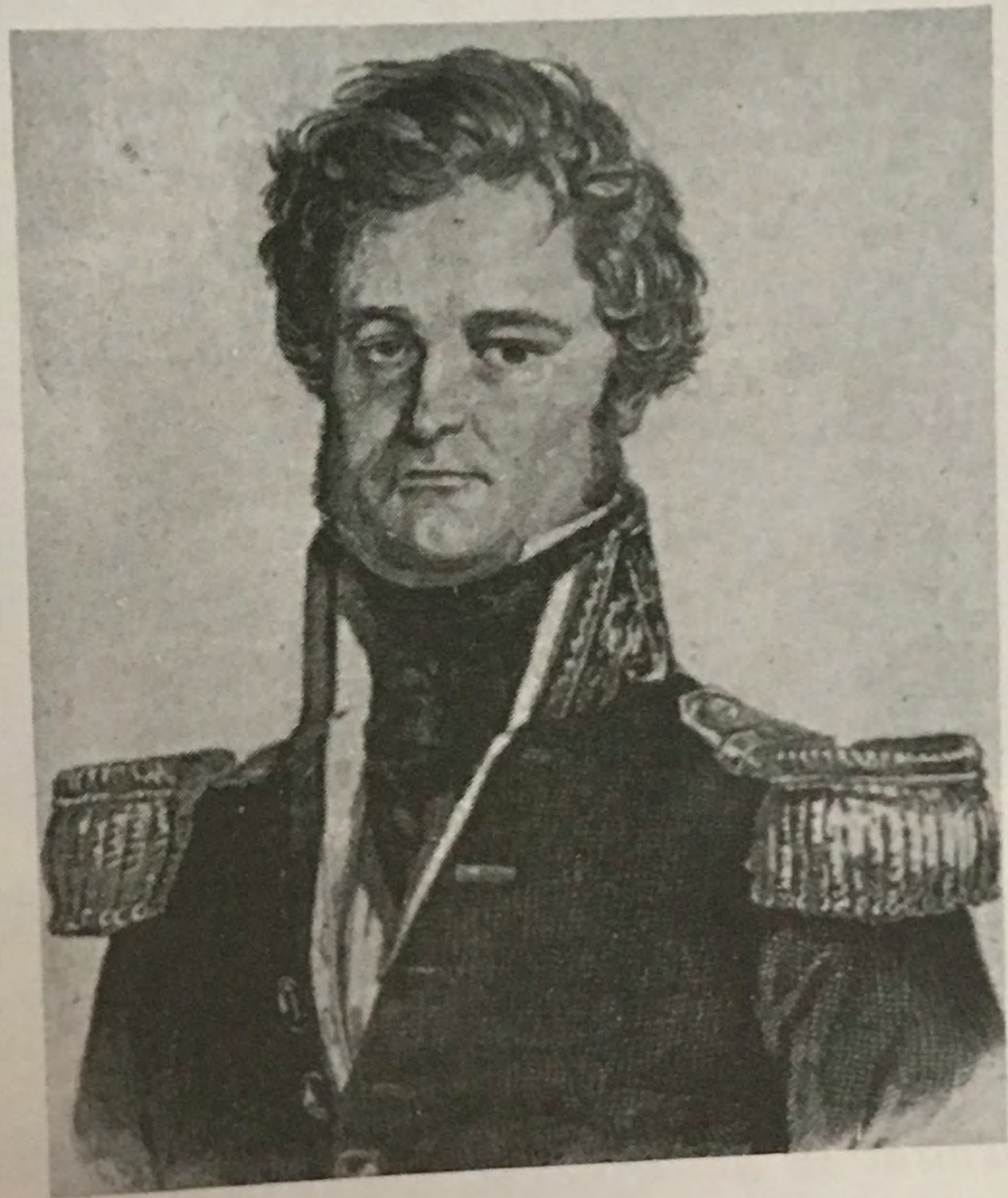


Las tropas francesas conquistan Tonquín. Grabado de la época

de Laos, además de poner bajo su protección a Cambodia. En 1851, Somdet Fra Mongkut restauró la dinastía antigua, pero fué sometido a las presiones rivales de los ingleses (desde Birmania) y de los franceses (desde Indochina). Francia hizo en 1893 una demostración naval ante Bangkok y obtuvo la cesión de la orilla izquierda del Mekong (Laos). La reacción inglesa buscó intervenir en los asuntos internos de Siam (inspección de las finanzas, las aduanas y las obras públicas), y de hecho Siam vino a cubrir el papel de un Estado-tapón en aquella línea de fricción de los imperialismos británico y francés.

Los archipiélagos del Pacífico. Australia.—Las exploraciones navales de Dumont d'Urville, Beecher y Belcher, en la primera mitad del siglo XIX, habían continuado el descubrimiento del Pacífico austral, en gran parte recorrido por los navegantes del siglo XVIII. La curiosidad científica (el asalto al Polo Sur, el descubrimiento de la Antártida) fué un móvil de estas exploraciones, al que pronto se unió un afán interesado de dominación y poder. Así, se procede a la ocupación militar o al protectorado sobre los archipiélagos de la Micronesia, la Polinesia y la Melanesia. Los franceses se fijan en Taití, Panmutú, Nueva Caledonia y Nuevas Hébridas; los ingleses en Nueva Guinea, Nuevas Hébridas, las islas Salomón, Fiji y Tonga; los alemanes en la Tierra del Emperador Guillermo (Nueva Guinea), en las islas Marshall, las Bismarck, Salomón y Samoa. España, que ha abandonado sus derechos sobre muchas islas descubiertas por sus marinos en los siglos XVI y XVII, conserva las Carolinas, Palaos y Marianas, de las que intentan apoderarse los alemanes, y a los cuales serán finalmente transferidas por compra en 1899. Los Estados Unidos se desentendían del Pacífico austral, para fijar sus bases en el norte de aquel océano.

Pero la principal zona de actividad imperialista en el Pacífico fué la de Australia y Nueva Zelanda. Australia había sido explorada por Cook y Banks entre 1770 y 1777, cuyos relatos animaron al gobierno inglés a ocupar la costa oriental, bien diferente de las inhóspitas tierras del Norte y del Oeste hasta en-



Julio Sebastián César Dumont d'Urville.
Grabado del siglo XIX

tonces únicas conocidas. En 1788 se fundó Port Jackson, primera colonia de presidiarios, y aquel territorio se llamó Nueva Gales del Sur, con Sidney por capital. Hasta 1840 se mantuvo el régimen colonial de los presidios. Por eso, no obstante el clima favorable y el buen rendimiento de las lanas, fueron muy pocos los colonos libres establecidos. Pero la colonización se extendía por las franjas costeras del continente (Australia occidental en 1829, Victoria en 1832, Adelaida en 1836). Adelaida era entonces la única colonia libre de presidiarios, pero desde 1840 se prohibió el envío de forzados, excepto en Tasmania, y así comienza la verdadera época de la colonización libre de Australia.



Jacobo Cook, célebre navegante inglés, desembarca en las islas Tonga, donde es bien recibido por los indígenas. Grabado de 1777



Entrada al puerto de Jackson. Grabado del siglo XIX

El establecimiento de los ingleses en Australia se hizo sin resistencia por parte de los indígenas, en estado primitivo. Sin embargo, los ingleses siguieron una política de malos tratos y matanzas sistemáticas hasta la extinción de los aborígenes; así, las famosas matanzas del gobernador Arthur en Tasmania, en 1835. Se pretendía hacer de Australia un continente exclusivamente británico. Ésta es la política de la "Australia blanca". "No existe en el globo un interés social más trascendental que el de reservar el continente australiano como el lugar donde la raza británica se extienda de mar a mar sin mezclarse con ninguna casta inferior", dijo Jacobo Stephens, en 1841. Tal política tropezaba con la necesidad de mano de obra, que escaseaba

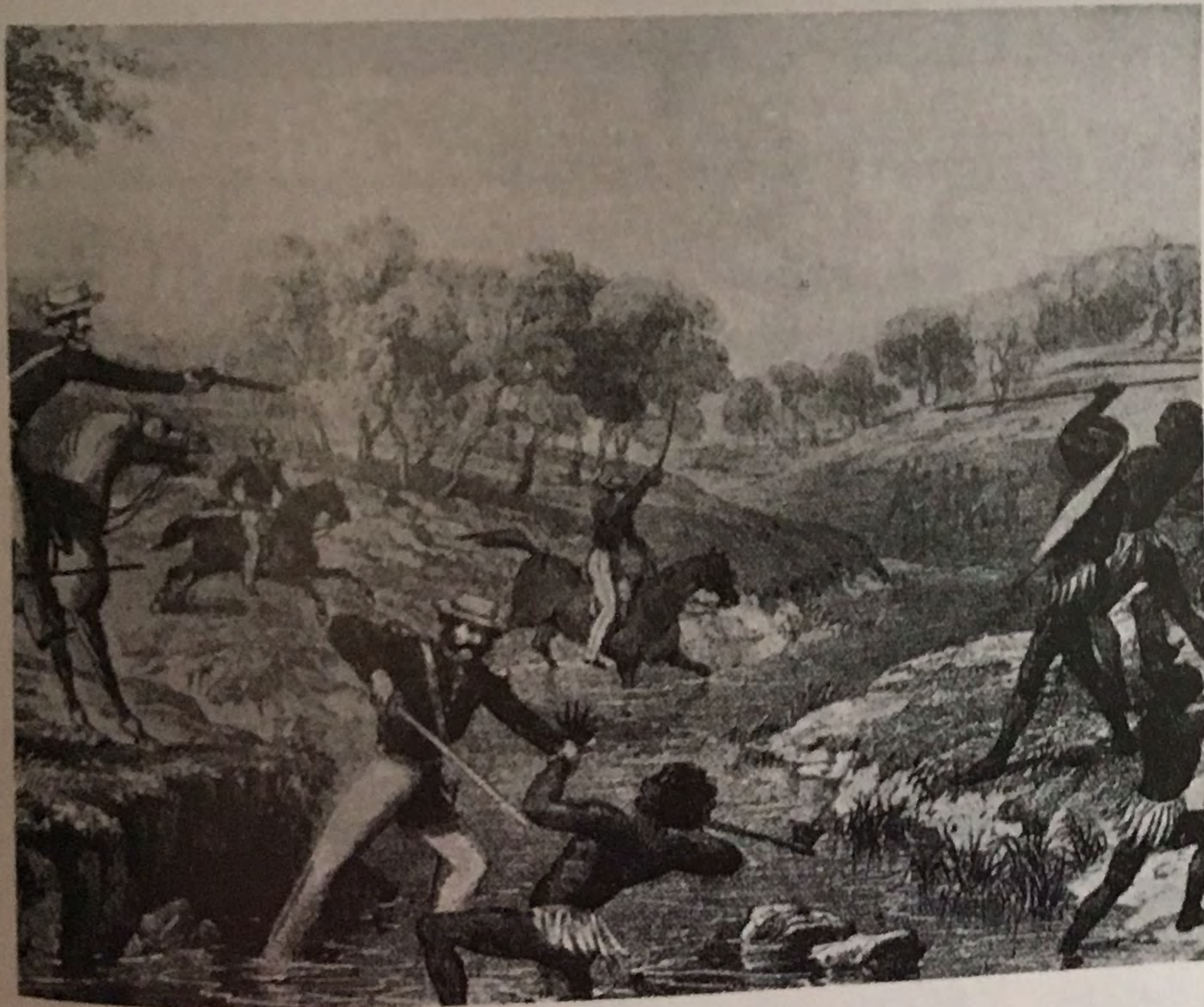
restricciones (1857) a la inmigración amarilla. Luego, por los decenios de 1850 a 1870, con el descubrimiento del oro y la navegación a vapor, se aceleró la co-



Misionero en Nueva Zelanda con su comitiva. Grabado del siglo XIX

lonización británica en los cinco estados antiguos y en el de Queensland, de nueva fundación. Además de las franjas litorales, comenzó la penetración al interior y se organizó el gobierno colonial con cierta autonomía, salvo en Australia occidental, que no la logra hasta 1890. Surge también por entonces la idea de una federación de las colonias australianas, unión federal que será realizada por los años de 1901 a 1908.

Fué Jacobo Cook quien exploró también Nueva Zelanda, de 1769 a 1777. A finales del siglo XVIII había allí algunos establecimientos de pescadores de ballenas y traficantes. La venta de esclavos,



Los ingleses exterminando implacablemente a los aborígenes de Australia. Grabado de 1855

al desaparecer los forzados, lo que atrajo la inmigración de maoríes y culis (indios y chinos). Los partidarios de la "Australia blanca" consiguieron poner

las enfermedades y las luchas tribuales, favorecidas por los blancos, amenazaron con destruir totalmente a los indígenas maoríes. De esta destrucción fueron sal-

vados por los misioneros cristianos. En 1840 se formaliza el establecimiento británico, con el tratado de Waitangi, por el que los jefes maoríes se entregaban pacíficamente a Inglaterra, no obstante lo cual se prolongó largo tiempo en la isla del Norte la resistencia de los aborígenes (guerras maoríes). Los progresos de la colonización en Nueva Zelanda fueron lentos, no obstante el régimen

por la vía del canal de Suez; *c*) el deseo de desviar la tensión de la política interior hacia empresas exteriores, como el caso de Francia en Argelia y Túnez; *d*) el atractivo económico, y *e*) las exploraciones geográficocientíficas, pues por aquellos años se fundaban en la mayor parte de las naciones europeas sociedades geográficas encargadas de desarrollar la curiosidad universal por los problemas



Durante el sitio de Argel por las tropas francesas, una explosión ocurrida en el castillo del emperador Carlos V facilitó la toma de la ciudad por los hombres del mariscal Bourmont, que la ocuparon inmediatamente

de autonomía implantado en 1856. Pero desde 1882, al aparecer los vapores frigoríficos, que permitían la exportación de carnes, principal riqueza de aquellas islas, comenzó una época de prosperidad y rápido desarrollo.

El atractivo del continente negro.—

El objetivo más importante de la acción imperialista europea fué África. El continente negro ofrecía distintos atractivos: *a*) la tradición histórica de pueblos como Portugal, España, Inglaterra, que mantenían allí puestos estratégicos para la protección de sus costas contra la piratería bereber (caso de España), o bases en la escala de las Indias Orientales y factorías para el tráfico negro; *b*) las nuevas rutas estratégicas,

geográficos, reflejada en el interés con que se seguían los viajes de los exploradores famosos, como Speke y Grant, Rohlfs y, sobre todo, Livingstone y Stanley.

También en África chocarán los imperialismos encontrados. La faceta principal de este choque será ofrecida por la oposición entre Francia e Inglaterra.

Los franceses en Argelia y Túnez.—

La piratería norteafricana era desde siglos atrás un estorbo al comercio en el Mediterráneo. Un incidente de piratas dió origen al conflicto francoargelino de 1827, y al bloqueo dictado por el gobierno francés contra el puerto de Argel. Polignac sube al poder y piensa calmar las inquietudes de la política interior francesa con una campaña externa que



El 14 de agosto de 1844, el mariscal Bugeaud, en Isly, derrota a la caballería marroquí, compuesta de veintiocho mil hombres

prestigie el vacilante trono de Carlos X. Así se produce el desembarco (junio de 1830) y, sucesivamente, caen en poder de las tropas francesas Argel, Orán y Bona.

Entretanto, la revolución había triunfado en Francia y el nuevo rey Luis Felipe sigue una política vacilante de "ocupación restringida", limitada a las plazas costeras. Pero la represión de las sublevaciones de Abd el-Kader dieron ocasión al general Bugeaud para iniciar en 1839 la "ocupación total", consumada por el duque de Aumale en 1847. Pacificada Argelia tras la rendición de Abd el-Kader, se inicia la colonización por europeos, muy especialmente españoles, que integran más de la mitad de la población de origen europeo en Orán y un alto porcentaje en Argel.

Argelia será desde entonces un centro de expansión francesa hacia el Sahara, hacia Túnez y, más tarde, hacia Marruecos. En mayo de 1881 se firmó el tratado de Bardo, por el que el rey de Túnez se sometía al protectorado francés. El gobierno de Julio Ferry se lanzó a esta empresa, a pesar del disgusto de Italia, aprovechando las favorables disposiciones de Bismarck hacia la expansión ul-

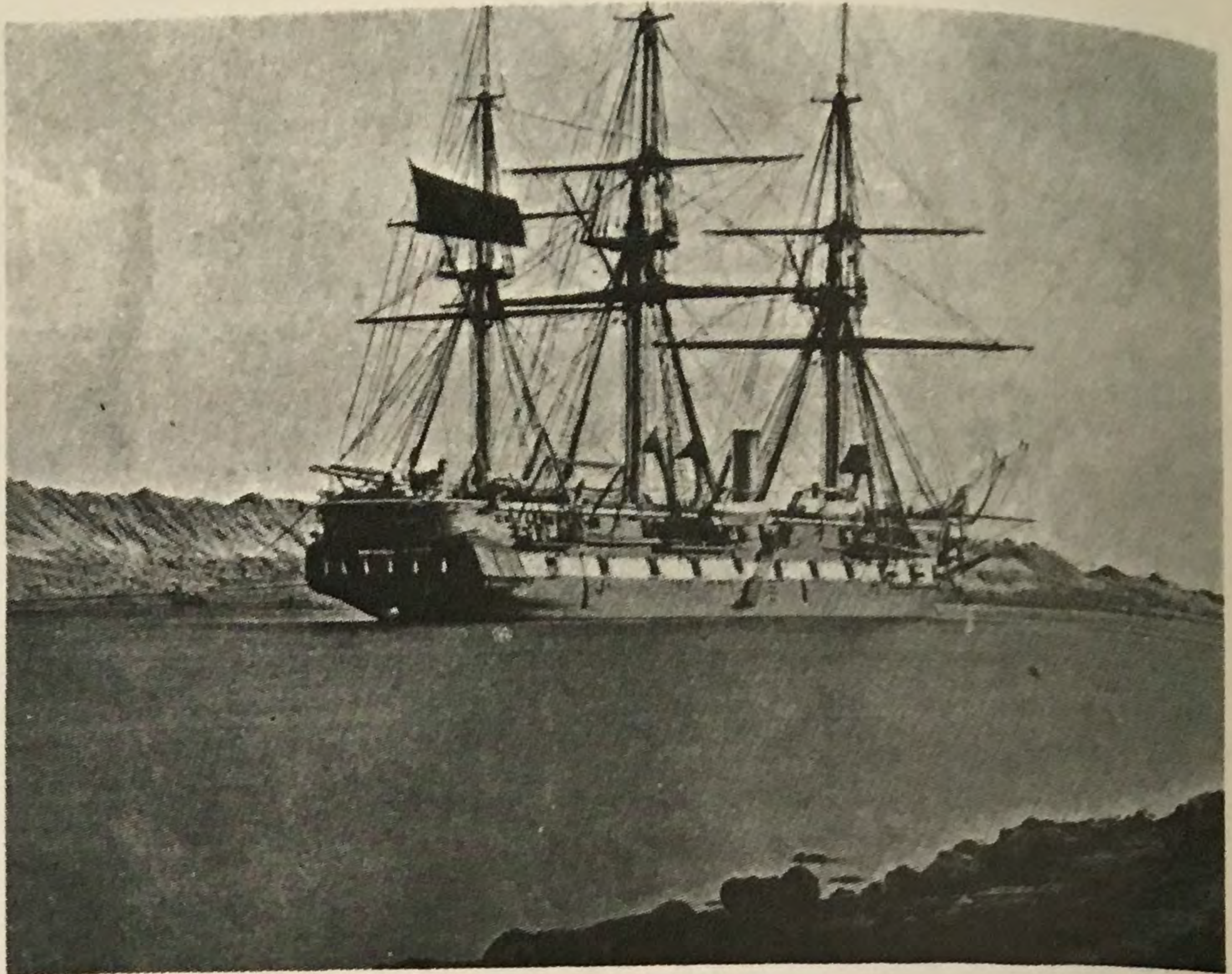
tramarina francesa. A la hora de hacer efectivo el tratado de Bardo se produjo una sublevación general en todo el Sur contra los dominadores franceses. Fué precisa una campaña militar en gran escala para lograr la sumisión de Túnez, después de conquistadas Sfax y la ciudad sagrada de Keruán (28 de octubre de 1881).

Los ingleses en Egipto y África del Sur.

En 1859 comienzan los trabajos del canal de Suez, bajo los auspicio de Mohamed Saíd y de una compañía francesa. Palmerston se oponía al proyecto del Canal, porque temía fuese una fuente de conflictos, un nuevo Bósforo en la ruta de la India británica: pero el ministro inglés lo creyó técnicamente irrealizable, y por eso dejó obrar a los franceses. Cuando se vió que los trabajos iban adelante, Inglaterra torpedea la obra: en 1864 provoca la intervención del sultán, pero Lesseps logra que Napoleón III defienda a la compañía y tome medidas conciliadoras con Inglaterra. Al año siguiente muere Palmerston y hay un cambio en la actitud británica: el canal puede ser útil a la Gran Bretaña si

no constituye un monopolio francés. Desde entonces, Inglaterra se encaminará a lograr una influencia en Egipto, en donde Ismaíl había sucedido a Saíd, y recibido el título de jedive (soberano hereditario) en 1866.

El 17 de noviembre de 1869 se terminaban las obras y quedaba inaugurado el canal. Suez, en la estrategia británica, era una nueva "vía del imperio", flanqueada por las bases mediterráneas (Gibraltar, Malta, Chipre); para asegurar esta sólida vía, había que dominar Egipto. En 1875 compró Disraeli las acciones de la Compañía que pertenecían al arruinado jedive Ismaíl, aprovechando que Francia, derrotada en 1871, no tenía recursos financieros para concurrir a la compra. Una comisión

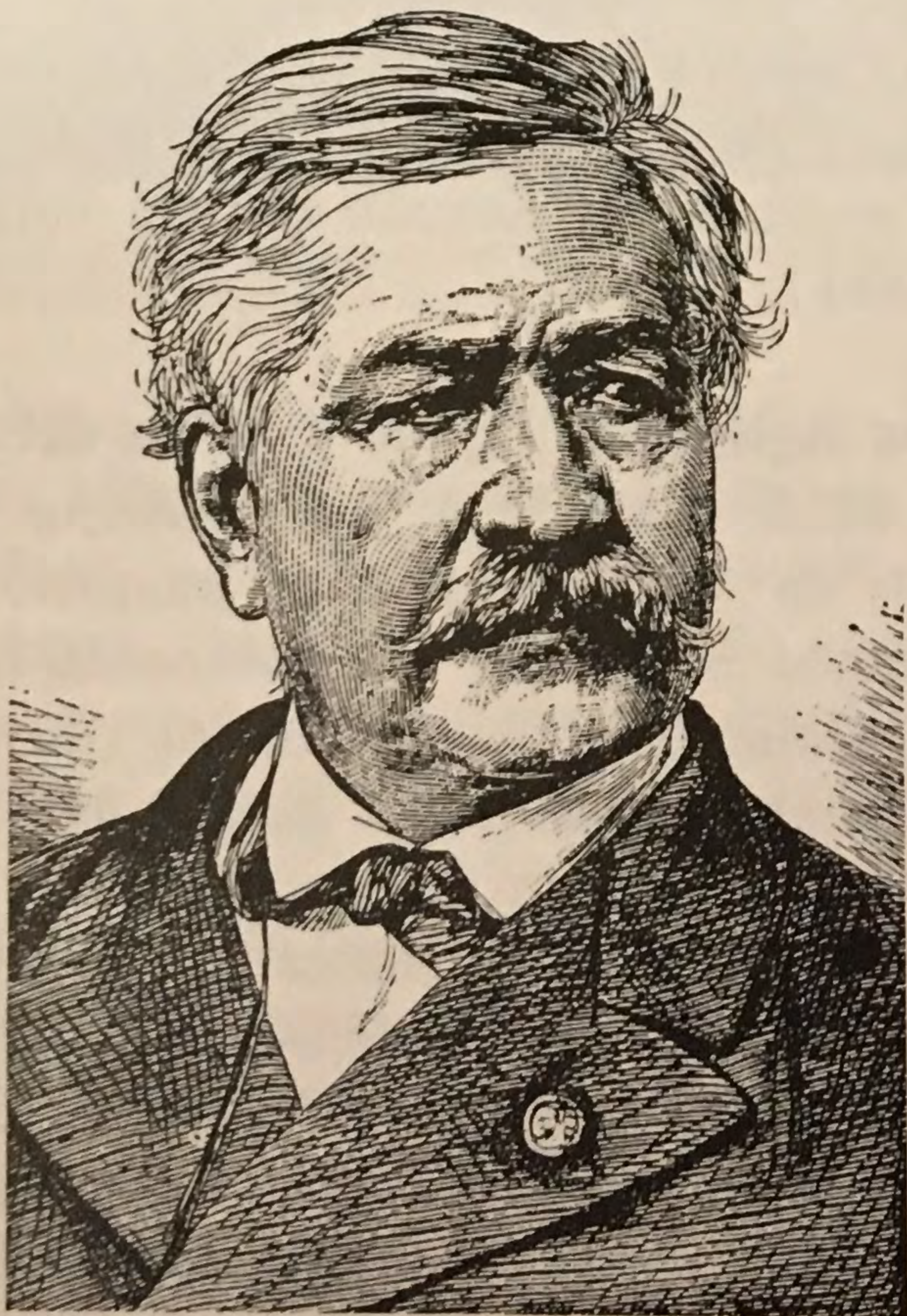


Un buque de guerra cruza el canal de Suez el año de su inauguración (1869)

mixta de intervención de las finanzas egipcias establecía de hecho, en 1876, el "condominio francobritánico" sobre Egipto, reforzado en 1878 con la designación de un ministro francés y otro inglés, y en 1879 con la deposición del jedive Ismaíl, sustituido por Tawfic.

Pero desde 1881 se levanta una ola nacionalista impulsada por El Arábí que da lugar a desmanes, el más importante de los cuales fué el motín de Alejandría del 11 de junio de 1882. Las cancillerías europeas se agitaron al conocer los asesinatos de los egipcios, Bismarck proyectaba una intervención turca; pero Inglaterra obra por su cuenta, bombardea Alejandría y una expedición militar ocupa Egipto (septiembre de 1882), designando a sir Eveling Baring cónsul general, título bajo el cual se encubrió durante veinticinco años (1883-1908) al verdadero gobernador de Egipto.

Bismarck aceptó el hecho consumado; Francia se mantuvo en silencio; sólo se alzó la protesta de Rusia contra la ocupación británica. Pasados los primeros momentos, Francia hizo insistentes gestiones para obtener la evacuación inglesa y restablecer el condominio. Inglaterra hizo repetidas promesas de evacuación a largo plazo: en 1884 prometió aban-



Fernando de Lesseps

Retrato y firma de Fernando de Lesseps, ingeniero y diplomático francés, realizador del canal de Suez, pero cuyo proyecto sobre el canal de Panamá acabó en un desastre económico



El rey zulú Cetivayo, derrotado por los ingleses, se rinde al general Wolseley. Grabado de 1879

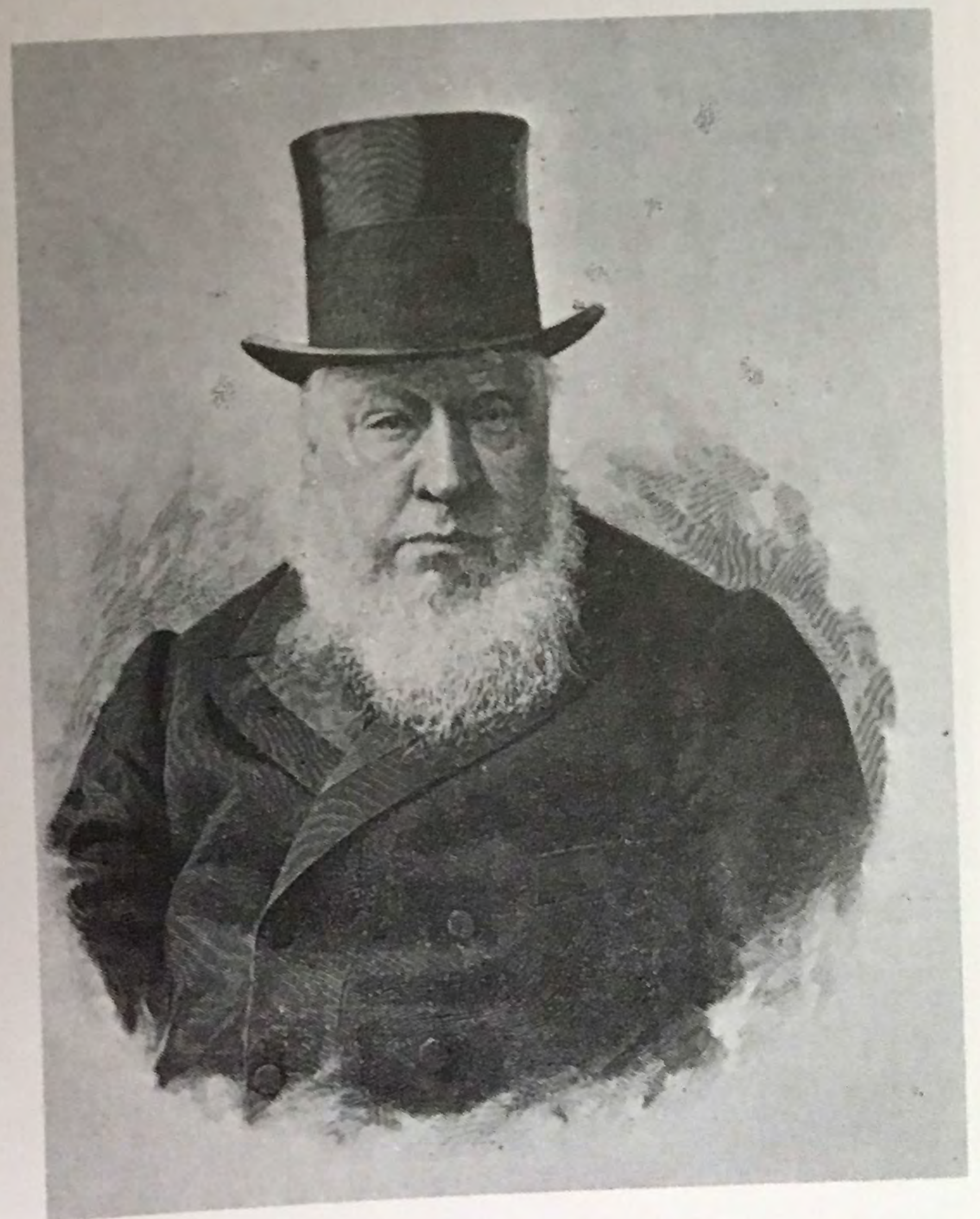
donar Egipto el 1 de enero de 1888, en 1887 se comprometió por una convención con el sultán a evacuarlo en 1890. Pero siempre quedaban incumplidas estas promesas.

Inglaterra se había instalado en Egipto. La vía del imperio estaba enteramente en sus manos. Sólo en el Sudán tuvo éxito la sublevación de los derviches, que con su jefe El Mahdí derrotaron en Jartum a los ingleses en 1885. Por el momento, Inglaterra renunció a recobrar el Sudán.

También en África del Sur los ingleses afianzaban su dominio. En 1815 cedió Holanda a Inglaterra la colonia de El Cabo, y unos años después comenzaron a llegar colonos ingleses y alemanes, que se establecieron junto a los holandeses africanos (bóers). Los dos grupos de colonos sentían mutuo recelo y hostilidad. Al abolirse la esclavitud, en 1834, los bóers emigraron más al interior, fuera del dominio británico (Estados libres de Transvaal y Orange). La colonización británica prosperó en El Cabo y se extendió a Natal, en lucha con los cafres. Pero los descubrimientos auríferos en Orange en 1867 despertaron la codicia inglesa sobre los Estados bóers. En 1877

se forma la Confederación de Estados de África del Sur, dotados de un estatuto colonial al estilo del Canadá, que se anexiona al Transvaal. El desgaste de los ingleses en las largas y penosas guerras contra los zulúes anima la sublevación de los bóers (1880-1881), que termina con la derrota inglesa en la paz de Pretoria. Son aquéllos los años de esplendor de las repúblicas de Transvaal y Orange bajo el gobierno patriarcal del presidente Krüger. Los diamantes son un filón inagotable de riquezas.

Pero los ingleses no dejan de codiciar este objetivo. En 1885 han fundado la colonia de Bechuania, que envuelve casi enteramente por el Oeste a los Estados bóers, y los aísla de la zona de colonización alemana en el sudoeste africano. La idea del ferrocarril El Cabo-El Cairo comienza a apuntarse.



Pablo Krüger, presidente de la República del Transvaal, cuya popularidad fué inmensa en todo el mundo, especialmente durante la última guerra anglobóer

La Conferencia de Berlín. El reparto del continente negro.—Toda África era un campo de expansión natural apetecido por los europeos. En la costa occidental de aquel continente, además del Estado libre de Liberia, fundado en 1823 por los negros emancipados de la esclavitud, bajo la iniciativa del presidente norteamericano Monroe, se hallaban los antiguos establecimientos portugueses y españoles —en 1884 se funda, además, una base española en Cabo Blanco—; los franceses en Senegal y Gabón; los ingleses en Gambia, Sierra Leona y la Costa de Oro. Los alemanes, tardíos concurrentes al afán imperialista, fundaron sus bases en África del Sudoeste en 1864, como colonias privadas, y luego la colonización se impulsó desde 1882, al fundarse la Sociedad Colonial Alemana, que ocupó las costas del Togo y Camarón. Desde 1884, Bismarck, que no deseaba la expansión ultramarina, se vió forza-

do a prestar la tutela del Reich alemán a estas colonias.

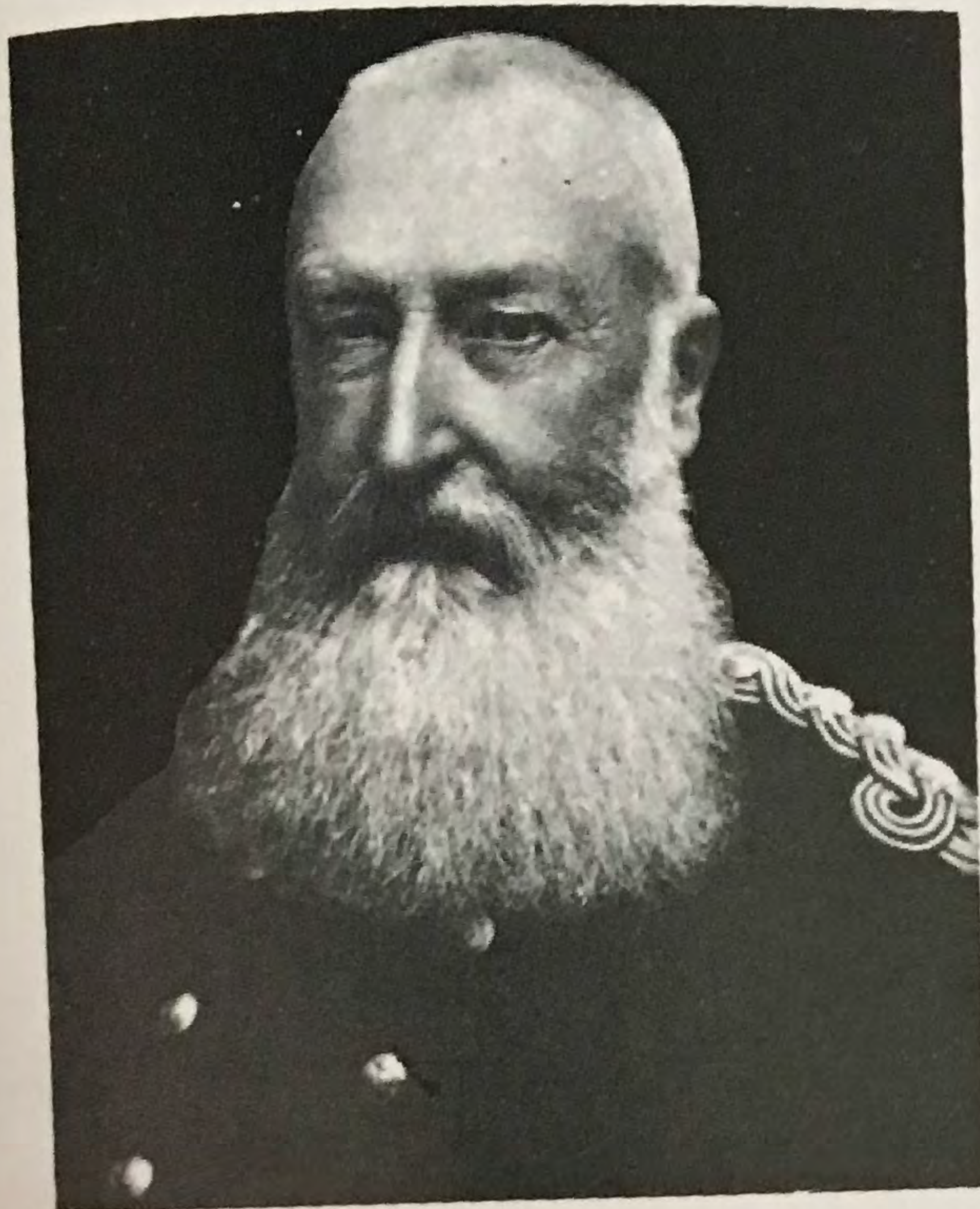
En la costa oriental los franceses se apoderaron de Jibuti, frente a la entrada de Aden, en el mar Rojo, lo que motivó que Inglaterra tomara parte de Somalia y animara a Italia a ocupar allí también posiciones; los alemanes llegaron a Tanganica, al norte de los establecimientos portugueses de Mozambique.

Los apetitos del colonialismo de los europeos en África empezaban a entrecruzarse y a surgir complicaciones diplomáticas. La cuenca del Congo había sido explorada por Stanley entre 1871-1877. Leopoldo II de Bélgica fundó en Bruselas, en 1878, la Asociación Internacional del Congo, cuyos fines confesados eran científicos y filatropicos. Nuevas exploraciones de Stanley dieron por resultado la incorporación pacífica de considerables territorios a la Asociación,



Enrique Morton Stanley encuentra al doctor Livingstone en Ujiji (Tanganica), cumpliendo así el encargo de Beannett, propietario del *New York Herald*, que había organizado la expedición en busca de Livingstone, a quien se creía perdido en el África Central. Grabado de la época

y en 1882 se fundaba Leopoldville, como centro de la colonización del Congo. Pero los proyectos del Estado centroeuropeo de Leopoldo II chocaban con las aspira-

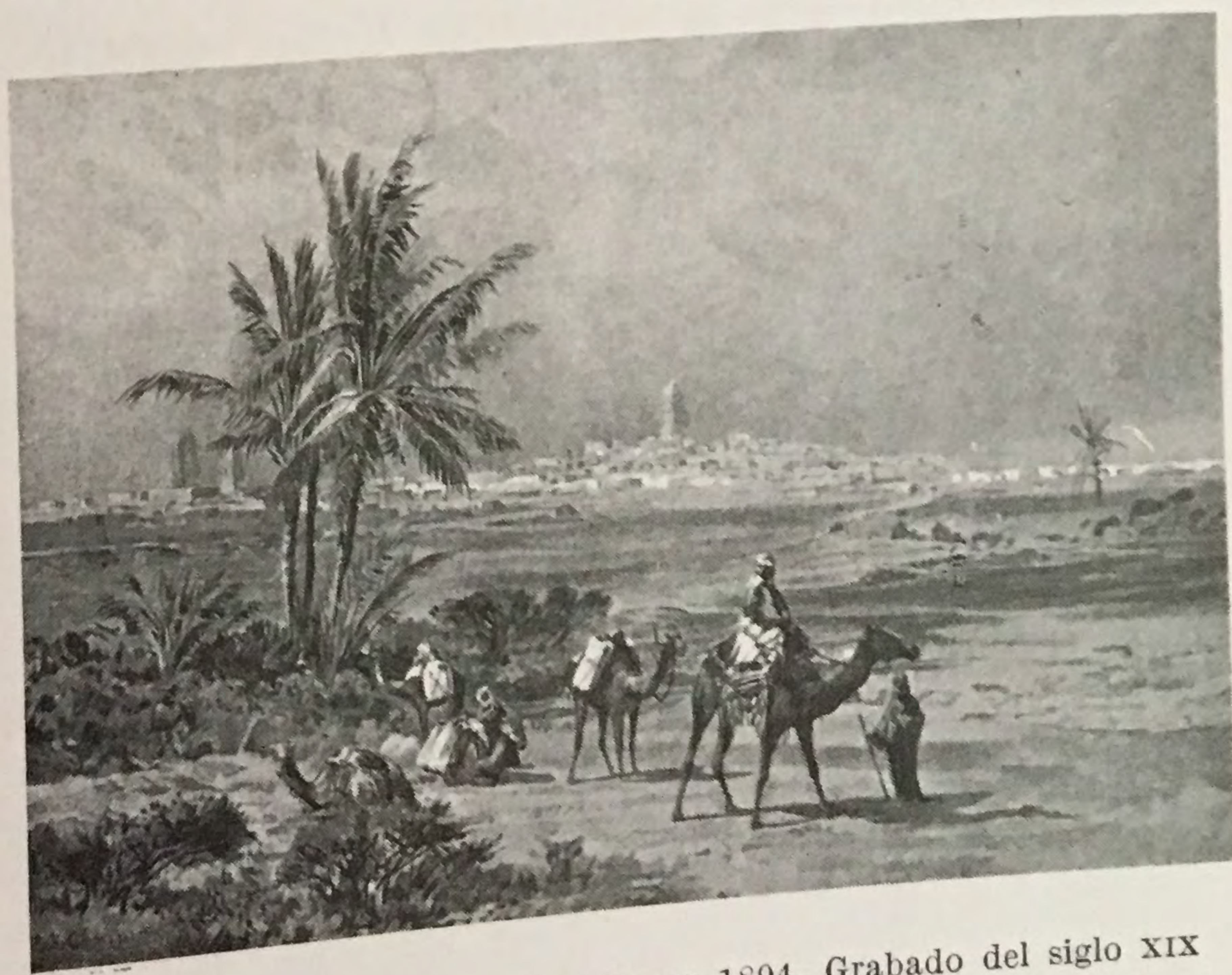


Leopoldo II de Bélgica

ciones de ingleses, franceses y portugueses. Para solucionar por vía diplomática los intereses encontrados en el Congo y en otras partes de África y evitar así conflictos entre las potencias que pudieran repercutir en el sistema europeo, Bismarck convocó la Conferencia de Berlín, de la que salió el tratado de 26 de febrero de 1885, que define los principios de la acupación y fija las bases del reparto de África. Eran éstas: 1.^a La posesión de las zonas costeras supone el derecho a un territorio interior (*hinterland*). 2.^a El derecho de posesión se funda en la ocupación efectiva, y no en derechos históricos o de otra especie. 3.^a La navegación por los grandes ríos (Níger, Congo) sería internacionalizada. 4.^a Se reconoce el Estado libre del Congo bajo la soberanía personal de Leopoldo II.

En los años siguientes al tratado de Berlín hay un apresurado ejercicio del derecho de ocupación. Inglaterra avanza por Nigeria en el Oeste, ocupa la cuenca del Zambeze en el Este y se extiende desde el Sur hacia el Norte, bajo los auspicios de la Compañía Chartered y del explorador Rhodes. Francia penetra desde el Oeste (Senegal y Níger), desde el Norte (Argelia) y desde el Gabón (cuenca del Congo-Ubangi) hacia el Centro: el punto de convergencia es el lago Chad, y desde allí pensarán ir más lejos, hasta Jibuti, atravesando así de Oeste a Este el África, sin solución de continuidad, bajo la bandera francesa. En 1894 toman Tombuctú, y el Sahara quedará dominado hacia 1900.

La convención francoinglesa de 1890 reconocía a Francia carta blanca en el oeste africano, hasta el lago Chad, y sus aspiraciones sobre Madagascar, a cambio de que no fueran estorbados los proyectos británicos para la unión de El Cabo y El Cairo sin solución de continuidad.



Tombuctú, ocupada por Francia en 1894. Grabado del siglo XIX

Una expedición francesa conquistó Tananarivo en 1895, y al año siguiente fué destronada la reina Ranavalo y anexionada la isla de Madagascar a la república.

La tensión anglofrancesa.
Fachoda.—Inglaterra reconocía a Francia el dominio en África Occidental, pero a toda costa trata de impedir la aproximación francesa al Nilo Blanco. El propósito inglés era reservarse las tierras entre El Cabo y El Cairo, que permitirían en su día la unión Norte-Sur.

El jingoísmo imperialista británico se acrecienta y tiene un representante en el gobierno con José Chamberlain. Para hacer efectiva la unión El Cabo-El Cairo hay que emprender la marcha desde Egipto, a la vez que se avanza desde el Sur, o que se penetra desde el Este por el Zambeze. En 1898 la expedición Kitchener recupera el Sudán, una vez vencido El Mahdí en Ondurman y tomada Jartum. Un convenio posterior (19 de enero de 1899) fijó el condominio angloegipcio en el Sudán. Pero cuando Kitchener llegó a Fachoda, en el Nilo Blanco, encontró allí a la expedición francesa mandada



El general francés Gallieni es recibido triunfalmente en Madagascar, incorporando la isla al imperio francés

por Marchand, que había salido del Chad en julio de 1896. El encuentro en Fachoda se produjo el 18 de septiembre de 1898. El Foreign Office había declarado previamente que consideraría "inamistosa" la presencia de franceses en el Nilo Blanco. La tensión entre París y Londres fué muy viva.



La célebre carga de caballería contra los derviches, dada por los lanceros ingleses en la batalla de Ondurman. Dibujo por Caton Woodville



Entrevista para solucionar el incidente de Fachoda, surgido en 1898 entre las tropas francesas y las inglesas. De izquierda a derecha, el capitán Germain, el coronel inglés Wingate, el *sirdar* lord Kitchener y el comandante Marchand. Grabado francés publicado en *L'Illustration*

Ante un nuevo ultimátum inglés, Marchand recibió orden de retirarse (3 de noviembre de 1898). Por la convención francobritánica del 21 de marzo de 1899 Francia renunciaba al Nilo y con ello a las aspiraciones de unir Senegal y Jibuti. Era la mayor afrenta recibida por Francia desde la derrota de 1871. La República francesa se doblegaba ante el imperialismo británico. Pero el resentimiento por esta humillación será superado al resentimiento antialemán: en adelante Francia buscará el concierto de Inglaterra.

Italia en África Oriental. El desastre de Adua.—Desde 1880 comienza el asentamiento italiano en África Oriental, patrocinado por Inglaterra. Primeramente en Assab, luego en Massaua; desde 1890

se constituye la colonia de Eritrea. Los italianos intervienen en los asuntos internos de Etiopía, aprovechando las di-



Menelik II, emperador de Etiopía

ferencias entre el *negus* Menelik y los *rases* de algunas provincias. Así se origina el conflicto ítaloabisinio, la primera parte del cual se resuelve a favor de Italia, que obtiene de Menelik el reconocimiento de un cierto protectorado (1889); pero en 1893 el *negus* desconoce la tutela extranjera, y el gobierno italiano de Crispi se lanza a una guerra desastrosa (1894-1896), que culmina en la derrota de Adua y en el tratado humillante de 26 de octubre de 1896, por el que Italia renunciaba a toda pretensión sobre Abisinia.

La guerra de los bóers.—

Los portugueses concibieron por un momento, tras las exploraciones de Serpa Pinto, la ilusión de unir por tierra, por la cuenca del Zambeze, sus colonias de Angola y Mozambique. Esto se oponía al designio inglés del enlace El Cabo-El Cairo. Los ingleses tomaron la delantera, y la Chartered ocupó los territorios del Zambeze, resignándose Portugal por el tratado de 1891. Más tarde los ingleses pensaron repartirse con Alemania las colonias portuguesas de Mozambique y Angola (tratado secreto de 30 de agosto de 1893).

Cecil Rhodes fué el realizador de la misión confiada a la Chartered. Entre 1891 y 1895 ocupa los territorios que en su honor serán llamados Rhodesia; y es él mismo promotor de la idea del ferrocarril de El Cabo a El Cairo. Para ello había que eliminar el estorbo de los bóers. En la visita que Rhodes hizo a Krüger, en Pretoria, en 1894, le propuso la absorción pacífica de aquellas repúblicas por la federación de colonias británicas. Ante la negativa de Krüger, Rhodes intentó, sin éxito, un golpe de mano violento (*raid* de Jameson, 27 de di-

ciembre de 1895). Después de Fachoda, Inglaterra estaba pletórica de entusiasmo agresivo: ante los preparativos bélicos ingleses, los bóers desencadenan un triple ataque (octubre de 1899-enero de 1900) contra Kimberley, Ladysmith y Mafeking, y se apuntan victorias par-



Durante la guerra del Transvaal, las mujeres y familiares de los bóers fueron encerrados en campos de concentración y duramente tratados por las tropas inglesas. Grabado de la época

ciales. Los ingleses tienen que concentrar grandes fuerzas para poder llevar adelante una ofensiva victoriosa en mayo-junio de 1900 (conquistas de Johannesburgo y Pretoria) y dar por terminada la guerra formal, con la anexión de Orange y Transvaal por decreto. Pero entonces empieza la lucha irregular, la más dura y costosa de la guerra bóer. Las guerrillas asedian todos los días a los invasores ingleses, y Kitchener no es capaz de acabar con ellas, a pesar del empleo de medios brutales de represión (mujeres tomadas en rehenes, campos de concentración, devastación de cosechas). Los bóers resisten esperanzados en alcanzar la ayuda de las cancillerías, para lo cual viaja Krüger por Europa (noviembre de 1900). Esta ayuda no llega, porque Alemania, ganada por el tratado angloalemán de 1898 para un nuevo re-

parto de las colonias portuguesas en África (tratado que no llegó a ejecutarse), abandona a los bóers a su suerte. La resistencia bóer continúa, no obstante, enardecida, y en 1902 infligen una gran derrota y humillación al ejército británico de lord Methuen. Después de esta derrota, Inglaterra renuncia a la rendición incondicional y firma la paz de Pretoria (31 de mayo de 1902), que asegura a los Estados bóers la conservación de su personalidad dentro del imperio británico y una subvención para reparar los daños de la guerra. La guerra bóer había costado a Inglaterra una pérdida grande de hombres (450.000 soldados movilizados, 22.000 muertos) y de prestigio.

El Congo belga.—Desde 1892 se lanza Leopoldo II a una ávida explotación económica del Congo, en contraste con los principios humanitarios y científicos de la Asociación Internacional. Las compañías del caucho y del marfil emplean métodos inhumanos: el trabajo forzado y agotador de los negros, el látigo. Leopoldo II, que había hecho ostentación de filántropo, resulta ser un vulgar negrero. Inglaterra, aunque emplea iguales métodos en sus colonias africanas, denuncia las atrocidades belgas en su protesta de 1903 (el "caucho rojo").

Leopoldo II entra en pugna también con su pueblo, a través del Parlamento, que alardea de reparos humanitarios, pero que quiere participar del botín africano. El rey había prometido ceder el Congo al país belga después de su muerte. Durante la vida del monarca, aquél debía ser un negocio privado suyo, aunque se costeaba a expensas del país. El 20 de agosto de 1908 el Parlamento decretó la anexión del Congo y el conflicto se zanjó en octubre de aquel mismo año, cuando Leopoldo II transfirió la

propiedad del Estado congolés a Bélgica. Desde entonces se lleva a cabo una más activa colonización y un trato más moderado a los indígenas.

BIBLIOGRAFÍA

Algunas obras de carácter general e importantes son las de W. HALLGARTEN, *Imperialismus vor 1914*, Munich, 1951, dos volúmenes; M. TOWNSHEND, *European Colonial expansion since 1871*, Filadelfia, 1941, y G. HARDY, *La politique coloniale et le partage de la terre aux XIX^e et XX^e siècles*, publicado en la colección *L'évolution de l'Humanité*, París, 1937. Recientemente se ha traducido al castellano la obra de D. K. FIELDHOUSE: *Economía e imperio. La expansión de Europa, 1830-1914*, Madrid, 1978.

Diversos aspectos del imperialismo europeo son tratados por: S. E. CROWE, *The Berlin Westafrica Conference 1884-1885*, Londres, 1942; G. BOURGIN y otros, *Les politiques d'expansion impérialiste: J. Ferry, Léopold II, Fr. Crispi, J. Chamberlain, Th. Roosevelt*, París, 1949; la biografía de Joseph Chamberlain por J. GARVIN, en cuatro volúmenes, Londres, 1932; PH. MAGNUS, *Kitchener. Portrait of an imperialist*, Londres, 1958, el tomo III de *The Cambridge History of the British Empire*, editado en 1959, que abarca los años 1870-1919; P. E. SCHRAMM, *Deutschland und Übersee*, Berlín, 1950; A. RAEYKENS, *Léopold II et l'Afrique (1855-1880)*, Bruselas, 1958; A. MALOZEMOFF, *Russian Far Eastern policy 1881-1904*, Berkeley, 1959, y K. M. PANNIKAR, *L'Asie et la domination occidentale*, París, 1956. Una interesante revisión en H. BRUNSCHWIG, *Mythes et réalités de l'imperialisme colonial français (1871-1914)*, París, 1960.

Sobre el imperialismo en Extremo Oriente: G. SANSOM, *The Western World and Japan*, Nueva York, 1950; J. WADE, *American foreign policy towards Japan during the nineteenth century*, Tokio, 1938; W. COSTIN, *Great Britain and China 1840-1860*, Londres, 1939; J.-L. FAIVRE, *L'expansion française dans le Pacifique, 1800-1842*, París, 1954, y W. HALLGARTEN, *L'expansion allemande en Chine dans la dernière décade du XIX^e siècle*, en el *Bulletin de la Société d'Histoire Moderne*, 1959.

Una puesta a punto bibliográfica sobre los conflictos interiores en China con motivo de la penetración occidental puede verse en J. CHESNAUX, *La révolution taïping d'après quelques travaux récents*, en la *Revue Historique*, 1953. Sobre el nuevo Japón, véase el tomo III de *A history of Japan* de J. MURDOCH y YAMAGATA, Londres, 1936, y el artículo de H. K. TAKAHASHI, *La place de la révolution Meiji dans l'histoire agraire du Japon*, en la *Revue Historique*, 1953. También, la síntesis de W. G. BEASLEY, *The modern history of Japan*, Londres, 1963; y el estudio de W. LOCKWOOD, *The economic development of Japan, 1868-1938*, Princeton, 1955.